

Las gafas de la muerte.

Segundo premio. ESO. Prosa.

Amanda Valdés Socorro. 3º eso C.

Saiko no temía a la muerte, ni a la oscuridad, ni al silencio. Pero un día lo empezó a hacer. Un día estaba en una habitación de hospital, esterilizada, fría y gélida. Sin vida, con un pitido eterno, sin la otra cara de la moneda que era. Pocos entenderían el dolor de perder a alguien con quien compartiste el calor del vientre de tu madre, y más aún con quien compartiste carne. Al siguiente momento, en un cementerio. Con el graznido de los cuervos y el suave sollozo de los árboles al mecerse. Ese día Saiko temió a la muerte, pero no a la suya propia, sino a la de otros. Temió perder a sus amigos, a sus familiares, a quienes amaba, incluso a todo el que alguna vez le extendió la mano. Temió tanto que huyó. El calor del hogar, del amor, de la vida, todo eso lo abandonó.

Fue otra vez en una habitación de hospital, esta vez de su abuela Sakura, donde lo perdió todo. La abuela deslizó con suavidad su viejo estuche de gafas a las manos de Saiko, quien plañó ante el regalo. Sako quiso hablar, decir algo, cualquier cosa, pero nada salió de su garganta. Adentro había unas gafas delgadas, circulares y con detalles dorados junto a la letra temblorosa de la abuela. “*Cuando estés perdida, úsalas*” Saiko creyó que era una broma cruel, pero antes de decir nada, escuchó un último suspiro.

Quizás meses, quizás semanas, quizás simplemente no sabía bien el tiempo pasado. No le quedaba nada, solo su habitación en silencio y oscuridad. Acurrucada en la manta que perteneció a su gemela, estiró su mano hacia el estuche y observó las gafas. Se las puso con suavidad, y el aire dejó sus pulmones. Apareció un hombre, casi como un fantasma. Pálido, etéreo y con la mirada perdida. Levantó la mirada del suelo y Saiko pudo sentir cómo perforaba su alma.

—¿Quién eres? —sollozó, histérica.

Él no respondió, simplemente desapareció en una nube pálida. Saiko se quedó paralizada, aterrorizada de la vista de aquel hombre. Se quitó las gafas de inmediato, dejándolas

abandonadas en la soledad de su habitación. Durante el resto del día, Saiko a veces escuchaba cómo el viento chocaba contra su ventana, veía cómo las sombras cambiaban o encontraba plumas negras en su almohada. Y aun así, Saiko no temía a lo que había tras esas gafas. ¿A qué temería ya si la muerte, el temor más humano, lo había perdido? Al día siguiente, en un mediodía oscuro y nublado, se las puso otra vez. Ahí estaba en la misma pared de la última vez, solo que vio mejor cómo su cabello se perdía en las sombras y de su espalda brotaban dos alas que no deberían caber en la habitación.

—¿Quién eres? —cuestionó otra vez.

El hombre dio un paso adelante. La miró a los ojos y bajó la cabeza.

—Cuando llego, hace frío, mucho frío, se te hiela el alma y tu cuerpo se paraliza, y en mí quedan todos los perdidos —respondió con la voz vacía como la de un muerto.

Saiko se quiso reír, de verdad. Le parecían una burla total las palabras de ese hombre —o lo que fuera—, pero había aparecido por arte de magia ahí. ¿Cuál era, si no, la explicación?

—¿Qué haces aquí? Si de verdad fueras un shinigami, deberías estar segando las almas

—inquirió Saiko sin quitar los ojos de la figura.

—Tengo quienes se encarguen de eso. Así yo... simplemente puedo ser libre. —Las últimas palabras las dijo con pesame, como si le doliese esa libertad.

Tánatos, como decidió llamarlo Saiko porque le parecía más adecuado un nombre propio que el nombre de una raza, se acercó con cuidado y se sentó a su lado. La miró a los ojos y entrelazó sus manos.

—¿Por qué...? ¿Por qué es que te veo? Las gafas... ¿por qué las gafas me dejan verte?

Tánatos la miró en silencio, solo unos segundos antes de deslizar una mano por su cabello, que Saiko asegura que vio hilos negros brotar de sus dedos y volverse sombras, y suspirar con pesadez.

—Te la contaré, lo prometo. Algún día, algún momento, solo no ahora.

Y ninguno dijo nada más. En algún momento eso se volvió la normalidad en la vida de Saiko. No se quitaba las gafas a excepción de para dormir, así que veía a Tánatos merodeando a su alrededor. Ya fuese actuando como un humano —lo que la sorprendió— o simplemente mirando a la nada. En algún momento la monotonía de su vida aceptó a Tánatos en ello, volviéndolo una parte de su rutina. Fue suavemente que, sin esperarlo, su compañía fue bien recibida. Su humor seco se sintió de consuelo, y en las noches frías, cuando se envolvían en las grandes alas, ya no se sentían tan frías. Su abrazo, gélido, le transmitía calor, y la idea de estar con él cada día se hacía más cercana. Poco a poco, Saiko dejó de querer nada. Sin desear levantarse de la cama, días en que solo lloraba, y un día, una noche, un momento, tomó los medicamentos para el sueño que le recetó el doctor. La idea era tan tentadora, tan tranquila, tan prometedora, que se enroscó en su pecho y no la soltó. Tánatos lo sabía, lo había visto tantas veces, pero seguía doliendo, seguían quemando su alma. Bien sabía él, mejor que ningún humano, lo que pasaba dentro de Saiko, y aunque fuese como arrancarse el corazón del pecho, él, no ella, decidió poner final a la inminente tragedia antes de que ocurriera. Saiko sabía que él estaba ahí, sentado en el borde de la cama, mirando la otra pared fijamente. —Los humanos son egoístas, ¿sabes? Muy egoístas. Saiko no respondió, hacía mucho tiempo que no lo hacía. —Son tan egoístas que solo piensan en ellos cuando sufren, solo en ellos. Te ahogas en este vaso, un vaso de agua, aun cuando quieren extenderte la mano. Ryu te ha estado llamando cada noche. Ryu, el mismo chico que te besaba la mano y te acompañaba a clases, lo tienes sufriendo con tu propia pena. Saiko se volteó con cuidado, mirándolo con el rabillo de sus ojos, viendo cómo sus alas se movían suavemente en sincronía.

—Crees que esto será un acto de paz, un acto de amabilidad, pero te diré algo que nadie te ha dicho: No hay acto más egoísta que la muerte.

Tánatos se levantó, batió sus alas suavemente y la miró. Pero con los ojos pesados de alguien que perdió lo que creía, alguien que perdió su corazón.

—Piensa en Aiko, piensa en Sakura, piensa en quienes amas que siguen vivos, y ahora imagínate que ellos lo hicieran —terminó antes de desaparecer como la primera vez, solo que en una nube de plumas negras que parecían pétalos.

Saiko se movió en su cama y simplemente lloró. No de dolor, no de pena, sino de entendimiento. Ese miedo ardiente que le quemaba el pecho, ese temor que ahora latía dentro de ella, la hacía sentir cruel. Cruel contra quienes amaba, cruel contra sí misma, cruel contra la vida propia. Esa noche lloró, una lágrima más, solo una más, se dijo a sí misma. Y esa noche cuando Ryu llamó, contestó. Intercaló palabras con lágrimas y una súplica que viniera. No hizo falta que lo dijera otra vez. Su abrazo la hizo sentir bien, la hizo sentir viva, le hizo sentir que había algo que importaba. No fue rápido, fue doloroso, fue lento, fue mortal, fue como tener que arrancarse un trozo del alma y tener que abandonarlo. Así pensaba ella, pero él estaba con ella, cada paso, cada momento. Cuando Saiko daba un paso, Ryu estaba con ella. Y a cada momento donde ella dudaba, él la levantaba. En algún momento que Saiko no notó, las gafas volvieron a su estuche. En una esquina de su mesa, cogiendo polvo cada día que ella más se alejaba de ese abismo.

Tánatos simplemente se quedó ahí, en las sombras, envuelto en sus alas que lo ocultaban. Viendo a Saiko reír otra vez, viendo a Saiko levantarse otra vez, viendo a Saiko vivir otra vez. Y ahí se quedó Tánatos, cual palabra de consuelo innecesaria, pero él bien sabía, así que se reía de su estupidez. Quizás para camuflar el engaño que se había permitido creer. Quizás esa mentira de que esta vez sería diferente, que esta vez no sería el hombro de consuelo. Pero Tánatos sabía, en lo profundo de su corazón, que esas gafas eran el inicio de su dolor. Se

maldecía desde hace milenios por darle ese regalo a esa humana, ¿pero qué podía hacer? Simplemente quería que lo viera, que lo amara, pero la muerte no lleva amante.

Así que Tánatos se acercó con cuidado al estuche mientras escuchaba las risas estridentes de Saiko y Ryu en el piso de abajo. Lo abrió y vio esas gafas. Malditas, benditas, siempre dependía de a quién le preguntaras. Las agarró entre sus dedos finos, elegantes y delicados y las miró. Sus cristales perfectos, su reflejo en ellos, el único lugar donde podía reflejarse, y la firmeza de su montura, hecha a medida para el suave rostro de la dama que los portara.

Tánatos las apretó en su mano y sintió cómo quedaba reducido a nada. Como el frío hielo del Cocito que hacía sus cristales se le clavaban en la mano y el hierro del Flegonte ardía en su mano. Cuando miró, solo quedaban cenizas en su pálida mano impoluta. La lanzó al viento para que lo llevase de vuelta a donde había nacido y desapareció en las sombras. Tal como desaparece la muerte.

